

## DEBILIDAD HUMANA, MISERICORDIA DE DIOS

Nos encontramos aquí porque queremos reflexionar juntos sobre la Cuaresma, en este año de la misericordia. Y lo hacemos desde las lecturas correspondientes al ciclo C, que nos muestran un rostro de Dios misericordioso, en la persona de Jesús. **Somos invitados** a entrar en el misterio de la misericordia de Dios y a vivir nuestras relaciones desde la misericordia. Es **la misión** a la que Dios nos llama y nos ha llamado siempre. Y al igual que Moisés ante la zarza, nos recuerda que debemos **descalzarnos** de todo aquello que nos impide vivir el amor en clave de misericordia. Jesús también se descalzó, se despojó de su rango, y entró en el misterio de la entrega por amor.

Nosotros también nos vamos a descalzar de...

- un yo arrogante y autosuficiente (miércoles de ceniza)
- un yo que vive sólo para sí y no tiene en cuenta a Dios y a los demás (1.º y 2.º dom.)
- un yo intolerante, que exige a los otros más que a sí mismo (3.º, 4.º y 5.º dom.)
- un yo que juzga y excluye (5.º dom.)

Y abriremos nuestro corazón al **rostro de Dios en Jesucristo**, que nos mira con misericordia y quiere que también nosotros nos miremos así.

En primer lugar reflexionamos sobre **nuestra condición de creaturas**. Esto significa que no existimos por nosotros mismos, sino que vivimos sostenidos por el amor y la misericordia de Dios. **El polvo y la ceniza** nos recuerda la tierra de la que procedemos, y a la que a veces nos sometemos. **SOMOS SERES DESVALIDOS** y frágiles que necesitamos una consistencia superior. Sólo Dios completa nuestra pequeñez, pero nosotros olvidamos nuestras raíces y nos apegamos a la tierra como si fuese nuestro único destino. No reconocemos nuestra dependencia de Dios; y a pesar de apegarnos a la tierra, nos creemos todopoderosos. Sin embargo, **DIOS NOS MIRA CON AMOR**. Y nos llama a una vida más elevada y más plena, porque Él cree en el ser humano. Ahí radica su misericordia: hace de nosotros su propio proyecto y nos invita a crecer, mirando a Jesús.

En el **desierto de las tentaciones**, **SOMOS COMPRENDIDOS**. Vivimos en propia carne la contraposición, al igual que San Pablo: ‘...hago el mal que no quiero’ (Rom 7,19). En tantas ocasiones olvidamos que somos creaturas y nos arrodillamos ante lo inconsistente. Nos olvidamos de Dios y el egoísmo nos arrastra. Perdemos entonces nuestra auténtica dignidad. Sin embargo Jesús nos ama hasta el extremo, pues se sometió al enemigo para ponerse en el lugar del ser humano y **LUCHAR JUNTO A NOSOTROS**. Asumió en propia carne la radical carencia. No se hizo el fuerte desde el poder, sino desde el servicio.

En la **montaña de la transfiguración**, descubrimos **EL AMOR COMO IDEAL**. Ahí Dios se nos revela junto a Jesús, y nos dice quién es realmente Él. No es un Dios de muertos, sino de vivos, un Dios que apuesta por la vida y el amor. En la montaña se nos desvela el auténtico sentido de la historia: para qué estoy aquí. No he sido destinado a la muerte, sino a la vida, y mi misión es amar. Dios me regalará el premio de la resurrección como el gran abrazo de la misericordia. Mientras tanto, los sueños e ideales alimentan mi esperanza, no tanto mi pecado o pequeñez. Llegaré a algo grande gracias a la misericordia de Dios, no exclusivamente por mis méritos.

El amor como ideal se concreta en nuestras **ACTITUDES CON LOS DEMÁS**, comenzando por reconocernos pobres y pecadores, y tratando de escalar nuestra propia debilidad. La transfiguración nos recuerda que no todo está perdido, porque Jesús ha venido a salvarlo. Somos proyecto de Dios desde nuestro ser de creaturas, y desde ahí nos acercamos a los demás: comprendiendo y amando. En los evangelios de los tres últimos domingos, encontramos una mirada de intransigencia por parte de los seres humanos, y una actitud de misericordia por parte de Dios.

En la parábola de la **higuera**, la misericordia de Dios **se llama paciencia y esperanza**. Y nos invita al **CRECIMIENTO PERSONAL**. Dios sabe esperar y aguanta todo el proceso, porque  Cree en el ser humano, en nuestro afán de superación. Y para que nuestra vida no pierda el sentido, Jesús nos invita a seguir dando fruto. No se trata sólo de hacer cosas, sino de mantener el corazón vivo y abierto a la vida. Nos invita a no desanimarnos, a no decir: 'Yo ya he dado lo que tenía que dar'. Dios está ahí esperando siempre nuestro fruto. Sin embargo, tenemos la sensación de que todo sigue igual. ¿Cuántas Cuaresmas llevo ya queriendo convertirme? Es como decir... 'llevo ya tres años esperando, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?' Para Dios no existe el tiempo en el crecimiento de la persona, sino que respeta los ritmos de cada uno. Para Dios siempre es tiempo de conversión, nunca es tarde, porque cree en el ser humano hasta el final. Y en su plan de salvación, nadie ocupa terreno en balde, ni siquiera los que rechazan su obra. Lo que Dios pide no es voluntarismo, sino que nos abramos a su misericordia, que en esta parábola se manifiesta como paciencia y esperanza.

En la parábola del **hijo pródigo**, la misericordia de Dios **se llama reconciliación**. Y nos invita a **ACOGER AL HERMANO ARREPENTIDO**. Aquí el hermano mayor es el intransigente, el que se opone a la alegría del Padre y a la vuelta del hermano. Él no quiere participar de la fiesta porque sus criterios son otros. Es arrogante, y piensa que él es el bueno por su sentido del deber. Por eso rechaza a los débiles, a los que no tienen fuerza de voluntad y son irresponsables. Rechaza a los alejados y no los considera hermanos. Sin embargo, el padre ha sabido esperar, como en la parábola de la higuera, y ha recibido el premio. La alegría de Dios no radica en mi perfección, sino en mi conversión; en que mi corazón duro se ablande y se convierta en un corazón misericordioso. Por eso, decimos 'no' a los radicalismos del hijo mayor: frío, exigente e intolerante; también cumplidor, pero juez de otros, como los hombres en el evangelio de la adúltera. Sin embargo, Dios no da nada por perdido, sino que sigue esperando, como con la higuera. El hijo cumplidor aún no se ha convertido al corazón de Dios, aún no lo entiende. No ha experimentado la misericordia.

En el evangelio de la **adúltera**, la misericordia de Dios **se llama perdón y mirada que no juzga**. Y nos invita a saber **INTEGRAR A TODOS Y A RECONOCER NUESTRO PROPIO PECADO**. En el texto, las miradas se clavan en la mujer, y un aire de superioridad se respira entre aquellos que se creen perfectos. Serían capaces de tirar piedras que destruyen: las piedras de la crítica, del rechazo, de la violencia... ¡Qué fácil es señalar con el dedo y marcar a una persona para siempre! ¿Soy yo menos culpable? La mujer, por su parte, ha sido débil y no se siente comprendida por quienes son más pecadores que ella. Sin embargo Jesús, que no conoció el pecado, se pone en el lugar del pecador, como en el desierto de las tentaciones y se arrodilla ante la debilidad humana. Él no se hace el fuerte ni el perfecto. No se sitúa por encima de nadie. Su mirada es compasiva y su corazón también. De esta forma, abre un camino nuevo, que luego en la cruz lo perfeccionará.

La Cuaresma culmina con la Pascua de Jesús, que es **la misericordia entregada**. En la cruz se nos revela que Alguien **NOS HA AMADO MÁS ALLÁ DE SUS PROPIAS FUERZAS**, y con esto nos demuestra que la misericordia nace de un corazón dedicado totalmente a Dios, como el de Jesús. En la cruz nos demuestra que ha tenido paciencia con el pecador y no ha actuado como juez. Ha dado un paso más: no sólo ha perdonado y ha sabido esperar, sino que Él mismo se ha ofrecido como reo para pagar el rescate; se ha presentado como si Él fuese la higuera que no da frutos, el hijo alejado o la adúltera, y ha recibido en sí mismo el castigo que hubiese correspondido a todos los pecadores. Es el mayor gesto de misericordia ofrecido en la historia, y es el que nos abre el camino hacia la vida verdadera, una vida entregada a Dios y a los hermanos.

#### AYUDA PARA LA REFLEXIÓN

1. Reflexionar sobre las actitudes de las personas intransigentes y sobre la actitud misericordiosa de Jesús y de Dios. ¿Dónde nos situamos? ¿Es verdad que a veces, cuando juzgo a los demás, me siento yo superior? ¿Ahí radica mi superioridad o más bien mi debilidad? ¿A qué me llama Dios? ¿Cuál es el ideal de mi vida?
2. Jesús, en el desierto y en la cruz, se pone totalmente en el lugar del pecador. En este momento voy a hacer una reflexión o contemplación, en la que me puedo ver comparándome con Jesús. ¿Actúo yo así? ¿Por qué no lo hago? Pedir al Señor que cambie mi corazón y darle gracias por todo cuanto hace por mí y por los demás.